

# Júlia ist

Elena Martín. España. 2017. 90 min. Color. v.o.s.e.



## FICHA TÉCNICA

**Título original:** *Júlia ist*.

**Nacionalidad:** España. **Año de producción:** 2017.

**Dirección:** Elena Martín.

**Guión:** Maria Castellvi, Elena Martín, Marta Cruañas, Pol Rebaque.

**Producción:** Lastor Media / Antaviana Films.

**Productor:** Tono Folguera, Sergi Moreno.

**Fotografía:** Pol Rebaque.

**Montaje:** Ariadna Ribas.

**Sonido:** Carlos Jiménez.

**Director artístico:** Oriol Guanyabens.

**Vestuario:** Nina Kroschinske, Vera Moles.

**Intérpretes:** Elena Martín, Oriol Puig, Laura Weissmahr, Jakob Daprile, Remi Pradere, Julius Ferdinand, Paula Knüpling, Carla Linares, Pablo Macho, Max Grosse.

**Duración:** 90 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

## SINOPSIS

Antes de irse a Berlín de Erasmus, el futuro parecía muy claro para Júlia, una estudiante de arquitectura de 21 años. Una vez allí, completamente sola por primera vez, se da cuenta de que no se conoce tan bien a sí misma como pensaba y que no tiene ni idea de lo que quiere hacer. Tendrá que asumir el reto de construirse una nueva vida en una ciudad enorme y llena de gente.

## COMENTARIO

En el final de *Les amigues de l'Àgata* (*Las amigas de Àgata*, 2015), debut de Marta Verheyen. Alba Cros, Laia Alabart y Laura Rius (todas nacidas en torno a 1991), una afortunada localización –al parecer, imagen germinal de todo el proyecto– y el expresivo rostro de la actriz Elena Martín conspiraban para intensificar la potencia emocional del momento: un desenlace centrado, en apariencia, en un conflicto nada enfático, pero que las sutiles formas afirmaban como algo relevante. La película, que hablaba del primer extrañamiento de los

afectos en el paso a la madurez, supuso una sorpresa en varios sentidos: se trataba de un trabajo de fin de grado que revelaba una admirable capacidad para registrar, sin afectación y con una verdad alcanzada sin aspavientos, aquellas pequeñas crisis esenciales que van conformando una identidad. Las directoras emergían triunfantes de algo que el cine nacional no siempre ha manejado con tino –el registro naturalista– y su reparto lograba sacar oro en su juego de improvisaciones. Las comparaciones con la sobresaliente serie *Girls* de Lena Dunham (1986) supusieron, no obstante, antes una distorsión que una buena guía de lectura: esto era, definitivamente (y aunque Elena Martín bromea con lo hecho de que, como la norteamericana, su trabajo pueda ser también identificado con “la voz de una generación”), otra cosa.

Resulta inevitable, pero quizá injusto, emparentar el debut en la dirección de Elena Martín (Barcelona, 1992) con ese trabajo: inevitable por la cierta afinidad de tono (más allá de que Martín fuera una de las protagonistas de aquel film) y porque aquí se habla de otra crisis vital –la experiencia de un Erasmus en Berlín (Martín utilizaría su propia experiencia de estudiante), que relativiza viejos vínculos mientras forma otros, provisionales y acaso con cierta condición de arcádico espejismo acotado en el tiempo–; injusto porque Martín –tanto en su condición de actriz como en la de directora– tiene voz propia, plantea un discurso que en nada está subordinado al de *Les amigues de l'Àgata* y, entre otras cosas, con un rodaje extenso, repartido entre Barcelona y Berlín (se hablará tanto de la bienvenida fría y complicada a un nuevo país y como del regreso a casa, para la directora “casi más importante que el haber estado fuera”), se revela capaz de afrontar, con la complicidad de Marta Cruañas y su equipo de producción, un reto logístico quizá imprudente para un trabajo de fin de grado (este también lo es, de la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona) justificadamente reformulado como película comercial.

El rostro de Elena Martín sigue siendo un instrumento afinadísimo –el modo en que expresa la subida de un éxtasis en una *rave* al aire libre es impecable–, dentro de una película que es tan consecuente en sus aparentes digresiones –el proyecto arquitectónico de casas sostenibles/transformables– como en sus decisiones de puesta en escena –la discusión sentimental en el exterior de la discoteca–. Un discurso capaz de inspirar imparables corrientes de reconocimiento generacional (Martín llegó a sorprenderse de que gente de diversas edades o que, simplemente, jamás ha sido estudiante Erasmus, lograra identificarse con esa “sensación de desubicación”) sin que ni siquiera pareciera ambicionarlo.

Por Jordi Costa, en El País – Cultura, “Un Erasmus en Berlín”. (16/6/2017).  
[https://elpais.com/cultura/2017/06/15/actualidad/1497515707\\_514684.html](https://elpais.com/cultura/2017/06/15/actualidad/1497515707_514684.html)